

ÍNDICE

Relación de siglas y acrónimos.....	13
Prólogo.....	17
Introducción.....	21
 <i>Capítulo I. CUESTIONES PRELIMINARES</i>	
1. Cratotropismo	25
2. Racionalización cratotrópica: las ideologías.....	35
3. Visión cratotrópica de las relaciones internacionales.....	39
4. Interpretación cratotrópica de la sociedad internacional de la Posguerra Fría.....	45
 <i>Capítulo II. EL MUNDO DE LA GLOBALIZACIÓN NEOLIBERAL</i>	
1. La globalización	51
2. El neoliberalismo	56
3. La Teoría del Espacio Corazón	69
4. La hipótesis: identitarismos legitimadores e identitarismos de resistencia	74
5. Marco de referencia	84
 <i>Capítulo III. EL NEOLIBERALISMO COMO IDENTITARISMO LEGITIMADOR</i>	
1. Las funciones del aparato militar neoliberal.....	87
2. La guerras iraquíes.....	98
3. Las guerras balcánicas	133
4. Las guerras afganas.....	183
 <i>Capítulo IV. EL ISLAMISMO COMO IDENTITARISMO DE RSISTENCIA</i>	
1. Poderosos y subordinados: el mundo colonial	203
2. La frustración: independencias y nacionalismos.....	209
3. La compensación: concepto de islamismo.....	216
3.1. Los Hermanos Musulmanes.....	216
a) El primer regeneracionismo egipcio.....	216

b) La Asociación de los Hermanos Musulmanes	217
3.2. Evolución, expansión y diversificación	221
a) Mawdudi	221
b) Los movimientos deobandi y tabligh	222
c) Sayyid Qutb	225
d) Jomeini y la revolución iraní	228
e) Wahabismo	230
3.3. El islamismo como identitarismo	235
4. El conflicto armado: la yihad islamista	239
4.1. Surgimiento del salafismo yihadista	239
4.2. Los ejércitos clandestinos	244
4.3. Los taliban: santuario de al-Qaeda	250
4.4. La nebulosa al-Qaeda	253

Capítulo V. EL INDIGENISMO COMO IDENTITARISMO DE RESISTENCIA

1. Concepto de indigenismo	263
2. Comunidades indígenas y marginación en la Chiapas del siglo XX	272
3. La teología de la liberación	275
4. La evolución de las propias comunidades indígenas	278
5. El neoliberalismo como agravante de la situación	281
6. La tradición revolucionaria latinoamericana	284
7. El indigenismo como ideología	292
8. El conflicto armado en Chiapas	301

BIBLIOGRAFÍA	309
---------------------------	-----

PÁGINAS DE INTERNET	317
----------------------------------	-----

PERIÓDICOS Y REVISTAS	317
------------------------------------	-----

DOCUMENTOS	318
-------------------------	-----

MATERIAL AUDIOVISUAL	318
-----------------------------------	-----

CAPÍTULO II

EL MUNDO DE LA GLOBALIZACIÓN NEOLIBERAL

1. LA GLOBALIZACIÓN

Analicemos, por tanto, la globalización como ideología, partiendo de la definición que García Caneiro y Vidarte¹ nos proponen como «*el proceso de transición política que intenta integrar el mundo entero en un sistema único centrado sobre la verdad de la supremacía de la concepción político-económica de las democracias neoliberales occidentales*».

Es la propia formulación de esta «verdad», que, en otro momento de su obra, estos autores identifican como «*las formas de gobierno formal y operativamente afines a las de Occidente [faceta política de la concepción político-económica neoliberal] y sistemas económicos basados en la economía capitalista de mercado [faceta económica de la concepción político-económica neoliberal]*»², la que nos hace surgir la duda de si lo que realmente constituye la ideología dominante del mundo actual es la globalización (la posibilidad de integrar el mundo entero en un sistema único) o más exactamente el neoliberalismo (la verdad de la supremacía de la concepción político-económica de las democracias neoliberales), en cuyo caso la globalización no sería sino un procedimiento que el neoliberalismo emplea para su consolidación y expansión, motivo por el cual García Caneiro y Vidarte pueden definirla, como ya se ha citado, como

*«... un proceso de transición, de transición política, en el que las relaciones capitalistas de mercado se intensifican con el objetivo de alcanzar un ámbito universal [...] y en el que toman parte, además de la economía [de las transacciones económicas], las nuevas tecnologías informáticas y telemáticas, la llamada sociedad de la información»*³.

Porque, en efecto, la globalización, tal como se utiliza hoy día este término, es, en realidad, el producto de dos ámbitos: el económico y el tecnológico (el de las relaciones de producción y el de los medios de producción). Dos ámbitos indisolubles pero de distinta naturaleza. Lo que realmente confiere a la globaliza-

¹ García Caneiro, José y Vidarte, Francisco Javier, *Guerra y filosofía. Concepciones de la guerra en la historia del pensamiento*, Tirant lo Blanch, Valencia, 2002, p. 195.

² García Caneiro y Vidarte, op. cit., p. 197.

³ García Caneiro y Vidarte, op. cit., p.p. 195 y 196.

ción la posibilidad de ser global es la tecnología, concretamente los espectaculares avances de la electrónica aplicada a la informática, a las telecomunicaciones y al espacio. Hoy día, desde «*la década de los setenta, fecha del nacimiento de la revolución de las tecnologías de la información en Silicon Valley*»⁴ (en curiosa coincidencia con los primeros balbuceos del neoliberalismo), la capacidad de almacenar, ordenar, relacionar y gestionar datos e información es, no sólo cada vez mayor, sino capaz de hacerse cada vez a más velocidad. Proceso paralelo al de la capacidad de las telecomunicaciones para poder enviar, recibir e intercambiar, cada vez de forma más segura, fiable y multiplicada, todo tipo de datos e información, sean estos sonidos, imágenes, documentos o procesos.

Esta capacidad, que en principio es aplicable a cualquier fin u objetivo, es la que están usando las grandes corporaciones financieras y los Estados más desarrollados, que son los que poseen la gran masa de capital acumulado que permite la utilización masiva de estos caros instrumentos, en su propio beneficio. Las grandes corporaciones financieras pueden, en cuestión de horas, retirar enormes cantidades de capital de las bolsas, bancos y empresas de un país, mediante la venta rápida y masiva de acciones y la congelación de inversiones, provocando el pánico y el caos, destrozando su economía y hundiendo el país, si ese es su deseo, o mejor dicho su interés⁵. No estamos hablando de hipótesis, sino de hechos recientemente acaecidos: crisis mejicana de 1994/95, crisis asiática de 1997/1998, crisis rusa de 1998 o crisis argentina de 2002, por citar solamente los casos más conocidos y resonantes.

De la misma forma, los países desarrollados, especialmente Estados Unidos, están en condiciones de afectar y condicionar las economías y las decisiones económicas del resto de los países menos desarrollados, a través de los grandes organismos financieros oficiales, Organización Mundial del Comercio, Fondo Monetario Internacional, Banco Mundial, Bancos Centrales, etcétera⁶ (estructura política internacional institucionalizada o hipótesis contractual liberal del poder), y de su alianza estratégica con los bancos y entidades financieras privados, a través de esa especie de «chantaje económico neoliberal» que son las llamadas 'reglas de condicionalidad'⁷, según las cuales, la posibilidad de alcanzar acuerdos comerciales o de conseguir esos préstamos que permitirían a países menos desarrollados com-

⁴ Castells, Manuel, *La era de la información*, volumen 2 de *El poder de la identidad*, Alianza Editorial, Madrid, 1998, p. 36.

⁵ Estefanía, Joaquín, *Contra el pensamiento único*, Taurus, Madrid, 1997, pp. 337 a 339.

⁶ Estefanía, op. cit., pp. 214 a 217.

⁷ Jennar, Raoul Marc, *Ces accords que Bruxelles impose à l'Afrique*, Le Monde Diplomatique, Février 2005, p. 10.

prar los carísimos servicios, tecnologías y patentes, que les facilitaría poder intentar competir, queda condicionada a la adopción de determinadas reglas y normas de funcionamiento político y económico.

Veamos algunos ejemplos de esta llamada «condicionalidad» política por presión económica. Según informaba la edición de 13 de junio de 2003 del diario español *El País*, el día anterior, 12 de junio, Eslovenia había comunicado a Estados Unidos la imposibilidad de firmar el acuerdo bilateral que el país norteamericano le pedía para que concediese a los funcionarios civiles y militares estadounidenses, que operasen o transitasen por su territorio, inmunidad frente a las posibles actuaciones del Tribunal Penal Internacional. La razón que aducía Eslovenia era que la firma de ese tipo de acuerdos contravenía la política común de la Unión Europea, lo cual podría, en su día, impedirle o dificultarle su ingreso en ella. Como represalia, Estados Unidos anunció de inmediato que el país centroeuropeo perdería los cuatro millones de dólares anuales concedidos en concepto de ayuda militar (en realidad, préstamo de larga duración y a bajo interés para la compra de material militar estadounidense) y avisó a Croacia de que correría la misma suerte si adoptaba una postura similar a la de su vecina Eslovenia.

Segundo ejemplo. Hans Blix, en su momento director de la Misión de Observación, Vigilancia y Control de las Naciones Unidas (UNMOVIC) para el desarme químico y bacteriológico de Irak, aludiendo⁸ a las presiones que ciertos miembros no permanentes del Consejo de Seguridad (Angola, Camerún, Chile, Guinea, Méjico, y Pakistán) estaban recibiendo, a principios de marzo de 2003, por parte de Estados Unidos para votar una resolución autorizando expresamente invadir y ocupar Irak y cambiar su régimen político, narra que

«...circulaba la anécdota de cómo Estados Unidos, en 1991, había retirado veinticuatro millones de dólares de ayudas anuales a Yemen, cuando este país no apoyó la resolución que autorizaba la Guerra del Golfo. Los diplomáticos estadounidenses le dijeron al embajador de Yemen, que había emitido el voto más caro de su vida».

Pero, probablemente, el caso más paradigmático de este tipo de condicionalidad, utilizada a modo de «chantaje»⁹, sea la actual confrontación sobre la energía

⁸ Blix, Hans, *¿Desarmando a Irak?. En busca de las armas de destrucción masiva*, Planeta, Barcelona, 2004, p. 242.

⁹ El «chantaje económico» no es —ni ha sido a lo largo de la historia— un procedimiento exclusivo ni privativo del neoliberalismo, sino, más bien, una práctica generalizada. Aquí, simplemente, se le adjudica al neoliberalismo por ser el fenómeno que se está pretendiendo analizar.

nuclear de los países occidentales, encabezados por Estados Unidos, con el «disidente» régimen iraní actual. Los países occidentales, no sólo niegan a Irán la posibilidad de firmar y mantener con él (ciertos) acuerdos comerciales y concederle (ciertos) créditos (presión económica) si no renuncia (condicionalidad política) a la investigación y desarrollo de sus propias capacidades de producción de energía nuclear —actividad científica y económica que llevan a cabo un buen número de países en el mundo— sino que incluso le han impuesto sanciones económicas, amenazando con imponerle otras aún más severas (presión económica) y declarando organización terrorista a un sector de sus Fuerzas Armadas (presión política). La razón aducida (racionalización en su formulación política esoconsciente) es que si el régimen iraní desarrolla la capacidad de producir energía nuclear (como otras muchas naciones del mundo) «podría llegar a fabricar» también armas atómicas. Una posibilidad que, sin embargo, no se tiene en cuenta cuando se trata de otros muchos países que no son considerados enemigos o potenciales enemigos. No parece, en consecuencia, que sea la posibilidad de «poder llegar a fabricar» armas atómicas (que también se daría en otros muchos países que investigan sobre, y desarrollan, energía nuclear) la verdadera razón de la presión económica (chantaje) ejercida sobre Irán, sino su carácter de régimen «potencialmente hostil» a los intereses de Occidente, lo que motiva que éste, en uso de su inmensamente superior capacidad económica, esté intentando afectar y condicionar el desarrollo económico de Irán con objeto de hacerlo más controlable.

Un «chantaje económico» que, incluso en el peor de los casos —que Irán aprovechara su desarrollo energético civil para fabricar armas atómicas— podría seguir resumiéndose como la situación en la que potencias nucleares como Estados Unidos, el Reino Unido y Francia lo que están intentando es evitar que un país, que todavía no es potencia nuclear, se pueda poner a la altura de su poderío nuclear, condicionando para ello su conducta política (su posible conversión en potencia nuclear) mediante la presión económica (chantaje), es decir, mediante la amenaza de reducir y restringir las posibilidades de intercambios comerciales y tecnológicos.

Por otra parte, estas mismas grandes corporaciones financieras y estos mismos países desarrollados, especialmente Estados Unidos, pueden, utilizando la enorme capacidad y ventaja que les da la posesión de la mayoría de estas tecnologías de la globalización, inundar el resto del mundo con sus programas de radio y de televisión, su publicidad, sus libros, su prensa, sus agencias de noticias, sus revistas especializadas, sus películas, los resultados de sus investigaciones, los productos de sus

universidades y cuantos otros medios y sistemas le permitan presentar «sus valores» como «los valores», «su estilo de vida» como «el estilo de vida», «su desarrollo» como «el desarrollo», «sus modas y costumbres» como «la moda y las costumbres» y «su versión de los hechos» como «los hechos». En definitiva, presentar, a través de la influencia ideológica que le permite el dominio de los medios de la sociedad de la información, «la verdad oficial», que acompaña y enmascara «su verdad», como «la verdad», como el único dogma válido, como la única utopía alcanzable, como la única actitud sensata, como la única mentalidad justificable y como el único pensamiento posible.

En definitiva, la globalización no es solamente la inevitable consecuencia del desarrollo tecnológico de la informática y las telecomunicaciones, sino la utilización interesada de estas capacidades para la satisfacción del cratotropismo de unos determinados pueblos y naciones; su utilización interesada en beneficio de un determinado tipo de sociedad; de un particular y concreto sistema de relaciones económicas, de una particular y concreta forma de entender la propiedad; de las particulares y concretas formas políticas de convivencia que legalizan todo lo anterior; y de la particular y concreta ideología que justifica, racionaliza y legitima todo lo anterior. La utilización interesada, en definitiva, de estas capacidades en beneficio del neoliberalismo, que así se nos aparece como la auténtica ideología dotada de finalidad, beneficiarios y medios de penetración e implantación. Que, así, se nos aparece como la ideología justificadora y racionalizadora del actual intento expansionista de Occidente mediante un progresivo y paulatino control del resto del mundo, a través de la capacidad de influencia ideológica y de presión económica que le concede su control de las tecnologías de la globalización.

Y es así como puede entenderse que García Caneiro y Vidarte conciban la globalización como «*un proceso de transición política que tiende a la consecución de un mundo cada vez más uniforme*». Más uniforme políticamente, lo que implica uniformidad jurídica en las formas y sistemas de gobierno (democracia representativa basada en partidos políticos), uniformidad cultural e ideológica (democracia neoliberal) y uniformidad económica basada en un solo y determinado tipo de relaciones económicas (libertad para las empresas y capitalismo financiero). Pero una uniformidad todavía no alcanzada (del todo, ni siquiera en su propio seno) sino en ‘proceso de transición’, por lo que el neoliberalismo y su instrumento, la globalización, aún se ven obligados a continuar su presión para poder conseguir expandir su pretendida uniformidad jurídico-política, ideológica y económica a los espacios, grupos, sociedades, Estados y personas aún «disidentes». Tres procesos

de transición, cada uno con su propio ritmo de avance, con su propio estadio de progreso, con sus propios métodos de obtención y con sus propios instrumentos. Tres tipos de procesos que, llegado el caso, pueden intentar acudir, y de hecho acuden y han acudido, a esa *ultima ratio*, la guerra, el conflicto armado, que se pone en marcha cuando se considera que los demás métodos e instrumentos están fallando o no son suficientemente eficaces como para alcanzar los objetivos pretendidos con oportunidad.

2. EL NEOLIBERALISMO

«La década de los setenta se inicia, en los países más desarrollados, con una combinación de cierta recesión económica e inflación. Los gastos de guerra por el conflicto de Vietnam e importantes ventas de cereales a la URSS, para reforzar la política de distensión, producen algunas tensiones que se ven muy aumentadas en 1973-1974, cuando los precios del petróleo se disparan y los países productores cierran filas para continuar aumentándolos.

La recesión de los años setenta fue la peor situación vivida por Estados Unidos en las últimas décadas. El índice de paro alcanzó el 9% de la población activa, afectando a más de ocho millones de personas. Hubo años en que la inflación llegó a los dos dígitos y aunque el gobierno intentó luchar [...] los éxitos fueron muy relativos y la recuperación no se inicia hasta 1975 [...] En la época Reagan, [esta recuperación] alcanzaría un importante esplendor a través de una política liberal y dura con tensiones monetarias y un considerable coste social.

Toda esta situación y evolución descrita va unida a la aplicación de políticas económicas cambiantes. En un momento determinado, priva la influencia de la Escuela de Chicago, en especial Milton Friedman, [...] En 1971 se suprime la convertibilidad del dólar en oro, en 1973 se dejan flotar las monedas en relación al dólar. Estados Unidos considera que no tiene compromiso de apoyo al mercado monetario exterior y, desde entonces, los mercados de cambios registran fluctuaciones en la determinación de sus respectivas cotizaciones [...]»¹⁰ .

Esta secuencia de acontecimientos que tan sintéticamente describe el profesor Simón: recesión económica de Estados Unidos (en gran parte debida a los gastos

¹⁰ Simón Segura, Francisco, Manual de historia económica mundial y de España, Editorial Centro de Estudios Ramón Areces, Madrid, 1992, pp. 688 y 689.

ocasionados por la guerra del Vietnam), crisis del petróleo (que muestra la vulnerabilidad occidental frente al Tercer Mundo) y adopción, como reacción e intento de superación de ambas, del tipo de políticas económicas preconizadas por la Escuela de Chicago (que implican «*un considerable coste social*») es la historia resumida de cómo, cuándo y por qué aparece, se desarrolla y se impone en el mundo, una nueva ideología (a la que el profesor Simón alude como una «*política liberal y dura*»), que acabará conociéndose como neoliberalismo.

Pero el neoliberalismo no es solamente, como ya se ha apuntado en el apartado anterior, una teoría económica, la de la Escuela de Chicago, ni siquiera sólo su aplicación práctica. El neoliberalismo es también una forma de entender cómo debería ser el mundo y de qué manera deberían regirse las naciones y la sociedad. El neoliberalismo tiene finalidad (beneficiarios), componente político (causas, procedimientos y consecuencias políticas) y componente económico (causas, procedimientos y consecuencias económicas). Es, pues, algo más que una teoría económica, es todo un discurso de verdad foucaultiano¹¹, una auténtica ideología.

Ya en los propios antecedentes que se acaban de mencionar es posible apreciar la existencia de estos componentes políticos y económicos entrelazados. Hemos visto que la recesión económica de los primeros setenta fue debida en gran medida a la Guerra de Vietnam, una guerra en la que Estados Unidos se fue progresivamente involucrando como parte de la estrategia política conocida como contención del comunismo, cuyos objetivos geopolíticos —impedir a toda costa la adhesión de cualquier otro país al enemigo militar, el bloque pro soviético— resultan inseparables de sus objetivos económicos —impedir a toda costa la pérdida de cualquier mercado (en el que poder comprar materias primas y al que vender productos más elaborados) para el bloque de economía capitalista.

Otro tanto puede decirse de la crisis del petróleo de 1973 posterior a la Guerra del Yom Kippur, cuyo origen y causa es el intento de castigo económico de los países árabes productores de petróleo a los países occidentales, aliados y sostenedores de Israel, dentro del gran juego político que supuso la Guerra Fría, algunas veces jugado bipolarmente entre los dos bloques enfrentados y sus respectivos protegidos, y otras tripolarmente, añadiéndose el Tercer Mundo —encabezado por el Movimiento de los No Alineados— a los dos anteriores.

¹¹ Estefanía, op. cit., p. 288.

Ahora bien, los dirigentes del mundo occidental no tardaron en sacar las debidas conclusiones del escenario en el que se estaba entrando. En primer lugar, había que reaccionar a la crisis económica y, en segundo, había que reaccionar a la señal que la subida de los precios del petróleo emitía: decisiones políticas de determinados gobiernos podían interferir en la marcha de las economías occidentales, ralentizando su crecimiento y pudiendo llegar, incluso, a desestabilizarlas de forma irrecuperable, si llegaban a darse los escenarios más catastrofistas. Lo que significaba, además del peligro de mayor, más profunda y sobre todo más prolongada recesión económica, que Occidente, con Estados Unidos a la cabeza, estaba perdiendo capacidad de influencia política sobre muchos países del Tercer Mundo —ya que muchos de los productores de petróleo que se unieron al boicot eran aliados de Occidente— y, sobre todo, que Occidente, y especialmente Estados Unidos, podía llegar a perder su capacidad de encabezar, pilotar y dirigir la economía mundial, su principal herramienta para ir desgastando al bloque soviético, que ya empezaba a dar señales de no ser capaz de seguir la carrera tecnológica y de armamentos, y su principal herramienta para seguir controlando al Tercer Mundo, sin necesidad de tener que ocuparlo física y jurídicamente como se había hecho durante la época colonial.

De modo que ambas conclusiones no tardarían en relacionarse. Si Estados Unidos, y el mundo occidental en general, podían estar perdiendo capacidad de influencia y control político y económico, debido a que ciertos gobiernos eran capaces de interferir mediante decisiones políticas en la, teledirigida por Occidente, estructura económica mundial y en el propio desarrollo económico occidental, ¿por qué no interpretar que la recesión económica también podía deberse a las mismas razones: un exceso de capacidad de los gobiernos y de las autoridades económicas y monetarias nacionales de los propios países occidentales (y de todos los demás), especialmente de los del intervencionista sistema social europeo —cuyo paradigma eran los gobiernos socialdemócratas— para intervenir en, y modelar, el campo de juego propio de la economía, los mercados, en función de parámetros políticos o sociales ajenos a los puros fundamentos económicos: la rentabilidad y la competitividad?

Pero eso era precisamente lo que estaba preconizando la Escuela de Chicago: que había un exceso de proteccionismo arancelario, que había un exceso de protección social, que había un exceso de interferencia política en la economía, y que las reglas del juego establecidas por el llamado régimen de Bretton Woods y por la necesidad de disuadir la expansión del comunismo en Europa mediante la socialdemocracia, ya no sólo no eran necesarias sino que empezaban a ser perjudiciales.